

# MONCAYO – 2002

**Sortida inaugural. 5 i 6 d'octubre de 2002**

**Seccions de Cultura i de Senders. AE Talaia**

## EL MONASTERIO DE VERUELA

Veruela se halla en un pequeño valle formado por el río Huecha, cuyo nacimiento se encuentra muy cerca del monasterio, protegido por la mole mítica del Moncayo.

El documento más antiguo referido a la fundación del monasterio verolense es la confirmación por el rey navarro García Ramírez de la donación de los lugares de Veruela y la Oliva y sus posesiones al monasterio cisterciense de Santa María de Niecebas (Fitero, Navarra) en 1145 para la erección de sendos cenobios de la Orden. Ésta había sido fundada en 1098 por Roberto de Molesmes que deseoso de restablecer la austeridad que caracterizó a la orden benedictina en sus orígenes (s. V) se retiró a Citeaux (cerca de Dijon, Francia), primera fundación cisterciense.

Poco tiempo después San Bernardo fundará Claraval, desplegando una ingente labor apologética y doctrinal. La reforma bernarda de la relajada observancia benedictina cluniacense rápidamente se expandió por toda la Europa medieval.



En Aragón se levantaron grandes fundaciones, la primera de las cuales fue Veruela (1145 ó 1146), a la que siguieron Rueda (1153), Piedra (1194) y Santa Fe en Cuarte (1223), todas en la actual provincia de Zaragoza; además se erigieron los monasterios femeninos de Trasobares (h. 1168), cercano a Veruela, y Cambrón, trasladado en el siglo XVI al de Santa Lucía en la capital aragonesa, el único activo en la provincia

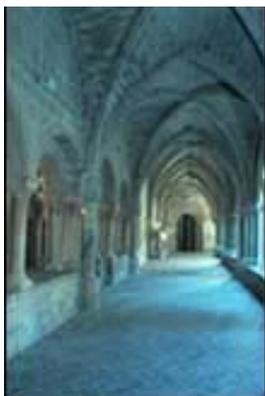
Estas fundaciones religiosas fueron propiciadas por la corona aragonesa con la confirmación de numerosos privilegios y donaciones, que sumadas a las de los particulares, compusieron un rico patrimonio que en el caso verolense conformaba una red con decenas de posesiones que iban desde Huesca a Saviñán pasando por Pedrola. Aportaron no sólo unos nuevos valores religioso-espirituales y culturales sino también de índole económico-política a través del dominio del espacio por medio del esfuerzo colonizador.

Los «monjes roturadores» como se ha dado en llamar a los cistercienses por su influencia económica agrícola, organizan sus abadías como verdaderos núcleos que activan la repoblación de zonas despobladas o poco pobladas a través de la roturación de las tierras incultas, o en territorios defensivo-fronterizos, características ambas de las que participa Veruela.

Para el dominio del espacio resulta básica la ordenación de los recursos del agua; para ello los monjes verolenses configuraron una amplia red de acequias, presas y molinos en torno a la cuenca del Huecha.

La construcción del cenobio actual debía estar lo suficientemente adelantada en el año 1171 como para posibilitar el traslado de la comunidad. Las obras de la iglesia se dilataron por espacio de más de 250 años; la fábrica es sobria, sin apenas adornos escultóricos, de acuerdo con el espíritu bernardo, pero de proporciones y calidad catedralicias que proclaman los ingentes recursos económicos del monasterio.

A finales del siglo XIV se procedió a un cambio notable en la administración, se pasó de la expansión colonizadora mediante cartas de población u otros instrumentos jurídicos, al arriendo de los extensos bienes del monasterio, incluso a su venta.



La cifra de los hermanos conversos (legos) que antaño se hacían cargo de la explotación del dominio verolense descendió irremediabilmente en los siglos siguientes, teniendo que aceptar el ingreso de donatos (personas que prestan sus servicios al monasterio sin haber profesado). Sin embargo, las elevadas rentas mantuvieron una amplia y no mermada comunidad de monjes y permitieron continuar mejorando y ampliando la fábrica monástica.

A partir de 1472 y hasta 1617, los abades verolenses ya no fueron regulares sino nombrados por el rey, o comanditarios, ajenos incluso a la orden cisterciense. Abrió la serie el arzobispo de Zaragoza, Juan de Aragón (1472-1475), hijo bastardo del rey Juan II de Aragón.

Los grandes abades de este periodo fueron Hernando de Aragón (1534-1539), nieto de Fernando el Católico, que dejó el cargo para ocupar la sede episcopal de Zaragoza, y su gran amigo y sucesor, Lope Marco (1539-1560) que ampliaron y decoraron notablemente el viejo monasterio medieval. Bajo la dependencia de la congregación cisterciense de la Corona de Aragón, creada en 1617, los abades pasaron a ser cuatrienales hasta la supresión monástica en la Desamortización.

Coincide este cambio político con el comienzo de una de las ampliaciones mayores del monasterio, la construcción del monasterio nuevo (1617-1664) con un sistema de celdas individuales para los monjes (unas 65). En esta época, Felipe IV visitó Veruela (1643).

Hasta el inicio de la Guerra de Independencia (1808-1814) que supuso la supresión del monasterio debido a las medidas desamortizadoras del gobierno napoleónico, la comunidad de «monjes blancos» no bajó de cuarenta padres; después del regreso al monasterio terminada la guerra comenzó el descenso a la vez que se hacían cada vez más acusadas las diferencias políticas entre los monjes, divididos en carlistas e isabelinos, todo en vísperas de la supresión total del cenobio.

La Desamortización de Mendizábal (1835) provocó el abandono del monasterio de Veruela que desde comienzos de siglo estaba sumido en una irremediable decadencia. Sacado a pública subasta el edificio en 1844, la Comisión central de Monumentos artísticos de Madrid reclamó su conservación e impidió su licitación al mejor postor, salvando la fábrica de su total destrucción. Desde entonces fue meta de numerosos viajeros románticos entre los que destacaron los hermanos Bécquer.

A la Junta de Conservación que lo preservó de su destrucción desde 1845, siguió la tutela de la Compañía de Jesús que allí se instaló con un noviciado en abril de 1877 hasta 1973, con la sola interrupción de



la expulsión durante el Gobierno de la República y la Guerra Civil (1932-1939), siete años en los que volvió a estar abandonado. Fue declarado Monumento Nacional en 1919, decreto ampliado en 1928.

En 1976 la Dirección General de Bellas Artes del Estado español lo cedió en usufructo a la Diputación de Zaragoza para su rehabilitación y conservación, en la cual ha invertido varios cientos de millones de pesetas en más de veinte años de esfuerzo continuado.

Veruela pasó a propiedad de la Diputación Provincial de Zaragoza en 1998, institución que continúa a buen ritmo las obras de restauración así como ha potenciado sus actividades culturales con exposiciones temporales, publicaciones y la celebración estival del Curso Internacional de Composición Musical y del Festival Internacional de Música «Veruela Música Viva» (desde 1994).



\* \* \* \* \*

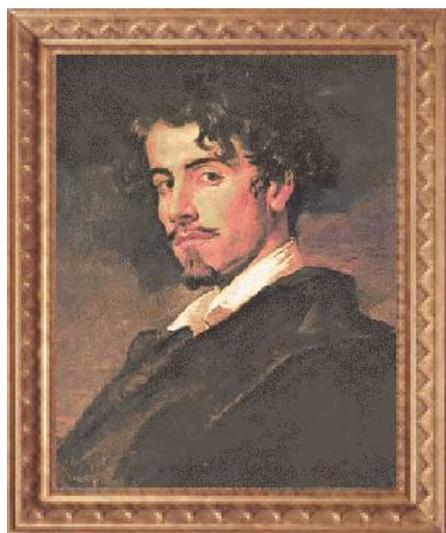
## LOS BÉCQUER EN VERUELA

Después de la desamortización de Mendizábal (1835), el Real Monasterio de Santa María de Veruela, quedó abandonado. Sacado a subasta pública en 1844 pasaron gran parte de sus edificios a manos particulares. La Comisión Central de Monumentos reclamó la parte de mayor interés artístico, iniciando en 1845 obras de consolidación y mantenimiento, para frenar su degradación. Unos años después se abrió una hospedería -se alquilaban celdas a familias menestrales en los meses de verano- y el singular conjunto adquirió cierta fama como lugar de veraneo.

Su singular belleza y su aislamiento le otorgaban gran atractivo para los viajeros de entonces ansiosos de conocer sitios pintorescos y cargados de historia. Algunos de los visitantes escribieron testimonios de sus visitas y las revistas ilustradas publicaron imágenes del recinto. Entre estos viajeros figuran los poetas Augusto Ferrán Forniés (1835-1880) y Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) o el hermano de éste, el pintor Valeriano Bécquer (1833-1870).

Augusto Ferrán visitó en varias ocasiones el monasterio y residió en él gran parte de; año 1863. Fue tal vez quien lo dio a conocer a los hermanos Bécquer, quienes también lo visitaron más de una vez y sobre todo se instalaron en sus celdas con sus familias desde finales de 1863 a octubre de 1864, aunque en algunos momentos los artistas se desplazaron a Madrid o a Bilbao por motivos profesionales o de salud.

Esta larga temporada pasada en el monasterio vertebró toda su relación con el lugar. De este viaje han quedado las cartas Desde mi celda, de Gustavo Adolfo, publicadas en el periódico madrileño El Contemporáneo entre el 3 de mayo y el 6 de octubre de 1864. De Valeriano Bécquer, sobre todo, los álbumes Expedición de Veruela (Columbia University, Nueva York) e Spanish Sketches (Biblioteca Nacional, Madrid), además de algunos óleos o grabados realizados sobre sus dibujos y publicados por revistas como Museo Universal.



En las nueve cartas Desde mi celda, Gustavo Adolfo contó para los lectores de El Contemporáneo su viaje desde Madrid a Veruela en la primavera de 1864, su vida durante los meses siguientes en el monasterio y, finalmente, en la última carta, la leyenda de la fundación del cenobio promovida por D. Pedro de Atarés.

Entretanto, Valeriano iba dibujando y pintando aquellos lugares, sus tipos y sus costumbres con minuciosidad exquisita. Cinco álbumes y sus cuadros recogen las vicisitudes de la vida cotidiana de los artistas y sus familias a la par que ofrecen una muestra de su quehacer como pintor arqueologista, de costumbres y de sus tanteos como pintor paisajista moderno y caricaturista.

Los escritos y las pinturas de los hermanos Bécquer tuvieron desde entonces una importancia decisiva en el conocimiento y la difusión del Monasterio de Santa María de Veruela, que de su mano se ha convertido en uno de los lugares más emblemáticos del romanticismo español. Sus obras son hoy la mejor guía para el viajero que llega a sus puertas dispuesto a viajar a tiempos pasados -o no tanto- en los que la memoria y el ensueño tenían un prestigio, que quizás hoy han perdido.

Esta exposición permanente, ubicada en algunas de las celdas del monasterio nuevo donde residieron, pone al alcance de los visitantes imágenes y textos de los artistas -junto con otros documentos que las completan y contextualizan-, que muestran el profundo análisis que llevaron a cabo de la zona del Somontano del Moncayo. Porque no sólo Veruela sino toda la comarca -desde Vera a Añón o desde Alcalá a Trasmoz- comparecen insistentes en sus trabajos.

Un aula didáctica, equipada con medios audiovisuales, la publicación de un anuario - El gnomon, boletín de estudios becquerianos (desde 1992)-, la colección (Desde mi celda» de estudios becquerianos y el archivo de documentación sobre los Bécquer y su tiempo al que se ha incorporado ya el legado del becquerianista Robert Pageard, componen el conjunto de iniciativas con las que la Diputación de Zaragoza, institución titular actual del monasterio, quiere continuar facilitando su mejor conocimiento y el de los artistas que más han contribuido a su proyección internacional. Acaso se logre salvar así del olvido todo aquello y que el visitante actual de «El Escorial de Aragón» -como definió Gustavo Adolfo el singular conjunto cisterciense- pueda sentir como él «ese indefinible encanto, esa vaguedad misteriosa», «el perfume de un paraíso distante» que se desprende de sus milenarias piedras y de todo el «escondido valle de Veruela».

# TARAZONA

## Algunas notas sobre historia de Tarazona

### LA TARAZONA CELTIBERICA

Durante los siglos que anteceden al cambio de Era, Tarazona y su comarca se inscriben en el territorio perteneciente a los celtíberos y, mas concretamente, a los lusones, que se asientan en la cara Norte de] Moncayo, en los valles de la Huecha y el Queiles hasta la línea del Ebro.

Desde los primeros años de su intervención, este territorio fue ampliamente transitado por los ejércitos romanos, siendo escenario de importantes enfrentamientos en los que los celtíberos llevaron la peor parte, motivo por el que su conquista se realizó en fecha temprana, siendo concluyente la expedición realizada por Tiberio Sempronio Graco. Una fecha clave en la historia de la comarca es la del 179 a. d. C., en que los celtíberos sufrieron una gran derrota en las proximidades del Moncayo de la que, al parecer, no se recuperaron. Es sintomático que unos años más tarde, en el año 152 a. d. C., los lusones no aparezcan representados como tales en la embajada que Titos, Belos y Arévacos envían a Roma.

A su temprana conquista hay que atribuir el que las noticias que de ellos proporcionan los historiadores romanos sean escasas y a menudo contradictorias. A pesar de que tanto la investigación arqueológica como la numismática están proporcionando en los últimos años una valiosísima información, queden por resolver importantes cuestiones como son la exacta delimitación de su territorio e, incluso, la adscripción a ellos de determinadas ciudades. Con seguridad les pertenecieron Bursao -Borja-, Caravis -Magallón, Turiasu -Tarazona- y la ciudad asentada en las ruinas de La Oruña, frente al monasterio de Veruela, cuya identidad permanece en el anonimato. Aunque posiblemente les perteneciera, no hay seguridad para adscribir a su territorio la ciudad de Complega, recién edificada y que había crecido rápidamente, en la que se refugiaron los lusones tras ser vencidos en 181 a. d. C. y que dos años más tarde fue conquistada por Tiberio Sempronio Graco.

Entre los celtíberos la ciudad constituye la unidad política y administrativa, pudiéndose establecer relaciones y vínculos de dependencia entre algunas de ellas con anterioridad a la intervención romana y, sobre todo, a raíz de ésta. Las ciudades celtíberas se ubican en lugares de fácil defensa y su espacio interno está bien organizado, situándose las casas de planta rectangular compartimentada en uno, dos o tres espacios, a lo largo de calles bien trazados, siguiendo las curvas de nivel del terreno, a menudo muy accidentado. Son las ciudades las que capitalizan la resistencia frente al invasor y en los momentos de peligro en ellas se refugia la población dispersa por su territorio, dedicada a la agricultura y a la ganadería, actividades que constituyen las bases de la economía de los celtíberos. Aparte de éstas, entre los celtíberos se desarrolló un floreciente artesanado que alcanzó una gran perfección técnica tanto en la fabricación de elementos de uso corriente -de entre los que la cerámica con o sin decoración ocupa un lugar destacado- como de otros de carácter más suntuario, como fíbulas y adornos metálicos fabricados en bronce y también en plata y, en menor proporción, en oro.

De entre todas las actividades artesanales que los celtíberos practicaron destaca por la cantidad y la calidad de la producción la metalurgia del hierro, destinada en gran medida a la fabricación de armamento. La perfección alcanzado tanto en lo que respecta a la fundición del metal como a su posterior manipulación es ampliamente alabada por los conquistadores, que incluso llegaron a adoptar las espadas celtibéricas para equipar a sus tropas de legionarios.

Una de las mayores incógnitas que en la actualidad se plantean en la investigación arqueológica de la comarca de Tarazona es la exacta ubicación de Turiasu, ciudad celtíbera cuyo nombre ha perdurado en la Tarazona moderna. Durante mucho tiempo se ha mantenido la creencia de que la ciudad actual se superpone directamente a la celtibérica; sin embargo, nada más lejos de la realidad. Las investigaciones que de forma sistemática se están llevando a cabo en los últimos años en zonas suficientemente diferenciadas del casco urbano inducen a desechar esta afirmación ya que, hasta la fecha, no han aparecido niveles de ocupación ni tampoco elementos de cultura material que permitan fijar la presencia en el lugar de contingentes humanos durante la época de la conquista o en tiempos anteriores. En el mismo sentido, las prospecciones que de forma regular se han realizado en el término municipal de Tarazona y localidades vecinas tampoco han puesto de manifiesto un núcleo de población lo suficientemente importante como para poder situar en él a Turiasu, ciudad que a juzgar por la riqueza de sus emisiones monetarias -sobre todo de plata- fue una de las más importantes del valle medio del Ebro. Con todo tipo de reservas, podría aventurarse la posible no coincidencia de la ciudad indígena y la posterior romana y actual, pudiéndose situar la celtíbera en las citadas ruinas de La Oruña, que están siendo objeto de investigaciones en la actualidad y que, junto a su gran entidad urbana, presenta una gran actividad metalúrgica.

## **LA TARAZONA ROMANA**

Tarazona en época romana, a pesar de su importancia histórica, continúa siendo una gran incógnita. No obstante, en el último decenio las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo por el Centro de Estudios Turiasonenses han contribuido notablemente a llenar la laguna existente.

Las referencias que los autores clásicos hacen sobre la ciudad en época propiamente romana son escasas. No obstante, hay que destacar la mención que Plinio hace en sus fuentes, donde sitúa a Turiaso en el Convento Jurídico Caesarugustano como municipio de ciudadanos -status que solo poseen las principales ciudades de este convento-. Dicho status aparece reflejado asimismo en las monedas emitidas en la ciudad desde Augusto, lo que lleva a prestigiosos estudiosos del tema a considerar que fue precisamente este emperador quien otorgó el derecho de ciudadanía, quizás como agradecimiento el apoyo prestado por los turiasonenses en la batalla de Actium.

Esta especial relación entre el sucesor de César y la ciudad del Queiles se ve reflejada en un posible culto imperial atestiguado por el hallazgo de la famosa cabeza de Augusto, así como por algunas emisiones monetales de la ceca de Turiaso en época de Tiberio en las que aparece su antecesor divinizado. Por otro lado, parece ser, a juzgar por los hallazgos arqueológicos, que la verdadera romanización llega a Tarazona precisamente con el inicio del principado, en el último tercio del siglo primero antes de la era. Los hallazgos de cerámica campaniense son prácticamente inexistentes, observándose una continuidad en la cerámica de tradición indígena que llega hasta la época bajoimperial.

La época de mayor esplendor hay que situarla a lo largo del siglo primero después de la era, con hallazgos arqueológicos en la calle Caracol, patio del Hogar Doz, ábside de la Magdalena, catedral, calle del Ensanche, Faceda, calle Teatro, Rúa Alta de Bécquer, Barrio Verde, así como el complejo aparecido en el colegio Joaquín Costa, donde fue hallada la famosa cabeza de Augusto.

Este pieza supone uno de los hallazgos arqueológicos más importantes del mundo romano tanto por ser la representación de este emperador más tardío que se conoce, como la pieza de glíptica de mayor tamaño. La cabeza, que originalmente representaba el emperador Domiciano, fue retocado para pasar a ser el retrato de Nerva primero y, ya en época de Trajano, el retrato de Augusto. La pieza aparece en un contexto de destrucción, junto con otra

serie de materiales de gran importancia, como es un arcón de madera con incrustaciones figurativas de bronce y una cabeza femenina de mármol blanco de dudosa identificación.

En el siglo segundo parece existir cierto anquilosamiento en la vida de la ciudad, los hallazgos arqueológicos son menores y menos significativos; no obstante, se han localizado restos en Pradiel, calle Rudiana, calle Teatro, Barrio Verde, calle Borja, así como en la estación de autobuses.

En el siglo tercero se constata un resurgimiento importante, tal y como lo demuestran los hallazgos de la calle Cañuelo, carretera de Zaragoza, casa de la Vicaría, Hogar Doz 9, muy especialmente, el mosaico rescatado en la calle Tudela con motivos alegóricos a baco y el sarcófago recuperado en la iglesia del Carmen, que constituye una bellísima pieza donde la representación del difunto aparece relacionada con el cuerno de la abundancia y las representaciones alegóricas de la primavera y el verano.

A finales de este siglo, se inicia una oleada de destrucciones violentas tal y como lo reflejan, por ejemplo, los yacimientos del colegio Joaquín Costa y la casa de la Vicaría. Estas destrucciones serían el primer indicio de las invasiones bárbaras que se repiten con mayor virulencia a partir del siglo quinto y darán paso a la época visigoda.

## **LA CIUDAD TRAS LA RECONQUISTA**

Tras varios siglos de dominio musulmán, Tarazona será recuperada por Alfonso I en el año 1119, en el transcurso de la fructífera campaña en que Tudela y Zaragoza retornaron asimismo al control cristiano. En los compases iniciales de esta nueva etapa la ciudad del Moncayo destacará como puente entre ambas culturas merced a las importantes traducciones de obras islámicas de astronomía, astrología, alquimia y geomancia preparadas por el arcediano Hugo Sanctallensis bajo el mecenazgo del obispo Miguel, prelado de origen francés que gobernó la diócesis tras su restauración.

A partir de la reconquista, la capital del Queiles se convierte en una ciudad de frontera, eclave aragonés frente a los reinos de Castilla y Navarra. Lugar de encuentros políticos y bodas reales, centro de intercambios económicos al que fluyen los productos de la Meseta y de las herrerías de Moncayo, Tarazona constituye asimismo un estratégico baluarte militar. Recuérdese su destacada participación en los acontecimientos acaecidos en los años de inestabilidad que siguieron a la muerte de Alfonso el Batallador y, más tarde, durante los enfrentamientos castellano-aragoneses de la Guerra de los dos Pedros.

La repoblación cristiana tendrá como consecuencia inmediata una nueva distribución del tejido urbano entre las tres comunidades socioreligiosas. Las minorías se establecen alrededor de la fortaleza, buscando su protección. Así, la judería se extiende por las calles de la zona baja de la Zuda, hasta la plaza del Mercado -actual plaza España-, alcanzando en el siglo XV las inmediaciones del río en lo que desde el siglo XVI se conoce como placeta de Nuestra Señora. En cambio, la morería no llegará a rebasar en ningún momento los límites definidos zona.

Las noticias documentales más antiguas sobre este cenobio no exceden las postrimerías de la referida centuria. En cualquier caso, no persiste ningún ámbito que puede ser considerado con certeza anterior a las invasiones castellanas (1356-1366). Entonces, tras la recuperación de la ciudad, se procedería a reconstruir casi todas las dependencias conventuales -hoy en su mayoría perdidas-, entre las que sobresale su austero claustro bajo, obrado en las últimas décadas del siglo XV. Por su parte, la iglesia y la sala capitular adquirirían su configuración definitiva en los primeros años del siguiente.

Pese a las demoliciones causados por los avatares bélicos, la desidia y la especulación urbanística, subsiste todavía parte del sistema defensivo de Tarazona. Los restos más importantes corresponden a la muralla del Cinto y se localizan en la Puerta del Conde, lienzos de la calles del Conde y de la Alfara, lienzos y torreones de las plazas del Puerto y La Laguna, y el torreón de la Concepción. Sin embargo, se han perdido en buena medida los muros que protegían los otros barrios . mientras que ha desaparecido el recinto exterior que incluía el casco urbano y amplios espacios de huertos.

El sistema defensivo se completaba con la Zuda, antigua fortaleza de la ciudad, emplazada sobre un promontorio rocoso próximo al muro del Cinto- La corona, su primera propietaria tras la reconquista., la enajenaría a fines del siglo XIII. Pasó a formar parte entonces del patrimonio de diferentes familias nobles ', hasta que en 1375 la compró el obispo Pedro Pérez Calvillo para transformarla en residencia episcopal y más tarde (1386) donarla a la mitra. Nada queda en el edificio que pueda ser estimado anterior a las últimas décadas del siglo XIV, cuando el gran prelado turiasonense realiza el cuerpo bajo de cantería del ala Norte del palacio, recrecido más adelante en ladrillo por el obispo Martín Cerdán (1441).

También al siglo XV corresponde el denominado Torreón de Hércules, un bello poliedro de ladrillo que hoy aparece embutido entre dependencias posteriores.

Tórtoles, uno de los núcleos de población mudéjar más significados de la comarca (desde el siglo XV barrio de la ciudad), mantiene todavía la principal seña de identidad de su pasado islámico. Entre su caserío sobresale el edificio que hasta la conversión forzosa de la comunidad en 1526 sirvió como mezquita, una modesta pero valiosa fábrica concluída entre 1447 y 1455 que constituye el ejemplo mejor conservado en Aragón de esta tipología arquitectónica. Pervive su sala de oraciones, un ámbito rectangular de dimensiones reducidas cubierto por una armadura línea de par e hilera sobre arcos diafragma, sin duda su componente más llamativo. Un sector de la misma exhibe la primitiva decoración pictórica al temple, en la que los motivos ornamentales de diversa naturaleza alternan con importantes inscripciones.

Tarazona, como otras muchas localidades aragonesas, ve desaparecer en el umbral de la Edad Moderna la diversidad socioreligiosas que había mantenido durante el Medievo. Todos sus vecinos pasan, el menos en teoría, a profesar la fe cristiana. De acuerdo con las órdenes emanadas de la corona, las comunidades hebrea y musulmana, diezradas a lo largo de] siglo XV por los problemas económicos y las conversiones, desaparecen o, el menos, pierden su genuina identidad. Al decreto de expulsión de los judíos en 1492, que divide a la aljama entre el exilio y la apostasía, sigue en 1526 la orden que impone obligatoriamente el bautismo a los mudéjares. En ambos casos, los nuevos cristianos continuaron habitando sus antiguos barrios, que pasan a denominarse Barrio Nuevo -antes judería- y San Juan -otrora calle de la morería-. Asimismo, persistirán en sus formas de vida tradicionales, vinculadas a la industria artesano -textiles, cuero, herrerías...- y al comercio, actividades que dentro del contexto ciudadano experimentarán un incremento constante desde la segunda mitad de la centuria.

Las fuentes escritas del siglo XVI, más abundantes pero, sobre todo, mucho más precisas que las medievales, informan tanto de esa intensificación de la vida económica como de sus principales protagonistas. Miembros de las familias Santa Fe, Talavera, Cunchillos, Muñoz, Arabiano, Mur, Orti, Carnicer, Guaras o Casanate dirigen el gobierno de la ciudad, integran la floreciente cofradía de Nuestra Señora de Jesús o de los mercaderes y ocupen puestos de privilegio en el coro de los canónigos de la Seo. Otros turiasonenses alcanzan una posición relevante como servidores de la monarquía -Pedro Quintana, Hernando Cunchillos- y en puestos de alta responsabilidad eclesiástica -Jaime Cunchillos, Jaime Casanate o Juan

Muñoz Serrano-, sin que falten juristas u hombres de letras -Miguel del Molino, García de Carrescon..

Algunos de estos ciudadanos, fuertemente impregnados de la cultura humanista, contribuirán a la difusión de los nuevos gustos. Las piezas de arte mueble con las que dotaron sus capillas funerarias, en particular las ubicados en la catedral, testimonien una decidida opción por el vocabulario plástico renacentista desde los primeros compases de la centuria.

Prueba de este renovado mecenazgo edilicio es la construcción de un nuevo templo para la parroquia de Son Miguel. Tras la ruina causada en el medieval por un incendio, el obispo Gabriel de Orti (1522-1535) promoverá la erección del actual, un edificio harto capaz de nave única, cubierto con una espectacular bóveda de crucería estrellada, en cuyos muros campean las armas de] prelado. Dos puertas de cantería, abierta una hacia la calle Bendición y otra hacia la pieza de San Miguel -antiguo fosar-, constituyen el único vestigio de la iglesia primitiva.

En los años centrales del siglo Tarazona llegará a ser uno de los focos humanistas más importantes de Aragón. Sin duda, la presencia de personajes de notable erudición como el arcediano Juan Muñoz o bien situados en la corte como el obispo Juan Gonzalez de Munebrega (1547-1567) no es ajena a este florecimiento. Sin embargo, algunos de los hombres más cultivados no pertenecen a la esfera eclesiástica. Entre otros muchos, merecen especial atención el erudito Bernardino García y el mercader Antonio de Guaras, personaje cosmopolita que en la década de los sesenta erigiría una grandiosa residencia señorial frente a la catedral que, felizmente, conservamos.

La empresa más emblemático de este momento es la remodelación de la Zuda o palacio episcopal. El obispo Munebrega encontró en 1546 un vasto conjunto de edificaciones en avanzado estado de deterioro. En los años siguientes, su intervención se centraría en la remodelación de algunas de las dependencias de] ala Norte -Salón de los Obispos- y en la erección de los imponentes corredores meridionales, orientados hacia el Queiles. El prelado completaría su mecenazgo con la construcción de un bello patio y una excepcional escalera que transformaría en imagen heráldica de su adhesión a la política de los Austria.

Por los mismos años, Munebrega apoyó la creación del convento de la Concepción, un proyecto sometido el patronato de la ciudad pero que, el parecer, el prelado financió en gran parte. A comienzos del presente siglo se produciría el hundimiento de las dependencias claustrales. De la catástrofe tan sólo se salvó la iglesia, una modesta pero airosa edificación renacentista que sobresale por su primorosa integración en el contexto urbanístico,

También en las postrimerías de la década de 1550 la ciudad se empeñará en la vasta tarea de la construcción de una nueva lonja, sede actual del Ayuntamiento. Un bello edificio que hoy luce muy alterado por las diversas remodelaciones acometidas en su fábrica y, sobre todo, por la última restauración. No obstante, su fachada mantiene un celebrado friso con la representación de la coronación del emperador Carlos V en Bolonia en el año 1530, confeccionado a partir del modelo constituido por los grabados de Nicolás Hogenberg, y los afamados que la tradición local identificaba con los legendarios héroes Hércules, Pierres y Caco.

A estos mismos años pertenece un nutrido grupo de viviendas distribuidas por diversos puntos del casco histórico -pieza la Seo, calles Tudela, Mayor, Rúa Alta.. y que pese a constituir un magnífico reflejo de la mejor arquitectura civil del período no parecen estar a salvo de le piqueta. El humilladero conocido como el Crucifijo y el Lavadero de San Juan, recientemente restaurado el primero y no hace mucho demolido el segundo, eran dos elementos destacados en la articulación del tejido urbano.

Este rico y variado panorama se modificará de modo substancial a raíz de la celebración del concilio de Trento. El obispo Pedro Cerbuna (1585-1597), personaje de cultura excepcional que tras desarrollar una importante labor en la capital aragonesa asumiría de modo decidido la aplicación efectiva de los decretos conciliares en la ciudad del Queiles, será el más cualificado responsable del nuevo rumbo asumido por la vida cultural y religiosa de Tarazona.

Los pilares para la difusión de la ideología contrarreformista serán las dos instituciones de enseñanza abiertas en la década de 1590. El seminario conciliar de Son Gaudioso, cuyas salas acogen hoy la residencia sacerdotal y el colegio de la Sagrada Familia - plaza Cerbuna calle del Carmen-, fue promovido por Cerbuna. No menos dinámico fue el papel desempeñado por el colegio de Son Vicente Mártir, fundado por la Compañía de Jesús en 1591, en cuyas clases se impartieron durante casi dos siglos las enseñanzas de latinidad y primeras letras. Si bien conservamos su capilla, las dependencias conventuales y las aulas fueron derruidas a comienzos de] pasado siglo para dejar espacio el Hospicio -actual Hogar Provincial Doz-.

Con el episcopado del carmelita fray Diego Yepes (1599-1613), marcado por la expulsión de los moriscos en 1610, se inicia el siglo XVII. En el transcurso de esta centuria se producirá la definitiva vertebración del espacio urbano con la erección de un importante grupo de edificios entre los que sobresalen por su singularidad algunos conventos.

El Carmen abrió tres casas -dos femeninas y una masculina- en los barrios periféricos. La más madrugadora, consagrada a Santo Ana, fue promovida por el propio f fray Diego - amigo y confesor de la santa de Ávila a en los albores de la centuria. A este cenobio siguió en 1632 el también femenino de San Joaquín, fundado por un grupo de religiosas procedentes de Santa Ana. Estos cenobios, pese a ser escasamente conocidos, ofrecen un bello ejemplo de la arquitectura conventual de los albores del barroco. Por su parte, la rama masculina no se ubicó de modo estable en Tarazona hasta 1680, fecha de la fundación del mal llamado convento de Santa Teresa.

A estas creaciones de nueva planta es preciso añadir la completa remodelación acometida en los siglos XVII y XVIII de la casa que los mercedarios mantenía en la capital del Moncayo desde el siglo XIII. A la erección de una nueva iglesia entre 1629 y 1633 -que substituyó a una humilde capilla bajo medieval- siguió la total reconstrucción de las dependencias monásticas hacia 1711. El templo acoge hoy a la parroquia de Nuestra Señora de la Merced mientras que las oficinas monacales han sido rehabilitadas para alojar el Conservatorio Estatal de Música.

Por su parte, el concejo contribuyó a la definitiva configuración del espacio urbano y religioso con la edificación de las ermitas de la Virgen del Río y de Son Atilano. La dedicación de la primera, en el Prado, junto al cauce del Queiles, vino propiciada por el hallazgo en ese lugar en el año 1672 de una imagen de Nuestra Señora. A comienzos del siglo XVIII, el nuevo templo ya estaba abierto el culto.

La ofrecida al glorioso hijo y patrón de Tarazona fue levantada algunas décadas después. En 1744 los ediles solicitaron al prelado la licencia pertinente para comenzar los trabajos. Estos habían concluido para 1769, momento en el que se procedía a la solemne consagración del altar mayor. Sobresale su movida fachada, cuyas curvas ofrecen un plástico contraste con los austeros edificios que la rodean.

La centuria se iba a cerrar con la edificación de la Plazo de Toros, una de las más singulares joyas arquitectónicas de la ciudad. Tras varios intentos fallidos, en 1790 se inició la

construcción de tan peculiares casas. Las obras se prolongaron hasta los últimos días de septiembre de 1792. Este ruedo octogonal, demostración de la perspicacia empresarial de sus promotores, logró dar respuesta adecuada a dos problemas de orden diverso: la grave escasez de viviendas y la necesidad de dotar a los festejos taurinos de una sede permanente.

**Teresa AINAGA ANDRES**  
**Jesus CRIADO MAINAR**

\* \* \* \* \*

## **EL CIPOTEGATO**

Todos los 27 de agosto, a las 12 horas de la mañana en punto, para conmemorar la fiesta del glorioso hijo de Tarazona y obispo de Zamora, San Atilano, tiene lugar la salida desde el Ayuntamiento de Tarazona de un escurridizo personaje, vestido de la cabeza a los pies con un traje de colores, que recibe el nombre de «Cipotegato», al que se le tira una lluvia de tomates.

Por cipote se entiende en Aragón una persona tripuda y rechoncha, comparándose la careta que porta esta figura con la expresión felina de un gato. Pero esa consideración popular se puede matizar con algunos datos documentales no muy tenidos en cuenta hasta ahora. Entre las gentes de Tarazona, no obstante, corren distintas versiones sobre el origen de este personaje, en forma de argumento oral. Algunos adultos narran cómo «en Tarazona, ya en tiempos de los moros o cuando teníamos fueros y había algún preso, le llevaban a la plaza y le empezaban a tirar ladrillos y piedras. Sí el reo a muerte era listo y fuerte y se salía de la plaza ya estaba libre. La penitencia que pagaba el preso era ésta, los golpes que recibía. Si los aguantaba y salía a pie fuera de la plaza, ése ya estaba libre. De ahí dicen que viene la costumbre ésta que tenemos aquí, en Tarazona, de tirarle tomates al Cipotegato. Antiguamente piedras y ahora tomates» (José Albericio. Tarazona).

Para otros, el Cipotegato es un personaje que fue adoptado por la municipalidad tarazonense en el siglo XVII, pero que ya tenía su origen en los bufones que divertían a los reyes y a las gentes de los pueblos, tomando carta de naturaleza con Felipe II, momento en el que se le empezó a denominar «cabeza de gato» o «cara de gato», convirtiéndose finalmente en «Cipotegato» (Ayuntamiento. Tarazona).

Cuentan, también, que el Cipotegato salía para hacer miedo a los chicos, quienes se defendían con «gallones». Esto sucedió, por lo menos, hasta 1925. Fue después de la Guerra Civil cuando al Cipotegato se le empezaron a tirar tomates. Sin embargo, los documentos notariales conservados apuntan un nuevo dato, no muy considerado, y que responde a una resolución del cabildo catedralicio de Tarazona, de fines del siglo XVIII, prohibiendo durante la víspera del Corpus que saliese el Pellexo de gato, sin tener para nada en cuenta las grandes protestas que todos los chicos de Tarazona hicieron por tal motivo. Ese «pellexo de gato» consistía en una vejiga de gato rellena y con la que se iba golpeando al personal a diestro y siniestro, diversión que costeaban los canónigos, precisamente en la fiesta mayor de la localidad, el día del Corpus Christi, siendo el Cipotegato, en realidad, un diablillo del Corpus, que salía con el resto de la comparsa que figuraba en este día tan grande. Pero cuando la fiesta de San Atilano adquiere mayor importancia y se le proclama Patrón de Tarazona ante la entrada de una de sus reliquias, el Cipotegato cambia su fecha de salida (se traslada del Corpus al 27 de agosto) y empieza a ser costeado por el Ayuntamiento, que le pagaba una cierta cantidad de dinero. (A principio de este siglo le pagaban 6 pesetas, 500 en 1970 y 30.000 pesetas más un abono para los toros en 1989.)

El hecho festivo en sí consiste en la salida de este personaje desde el Ayuntamiento, atravesar la Plaza y volver, sorteando los cientos y cientos de kilos de tomates que turiasonens y forasteros arrojan sobre él. Las cinco o seis peñas que existen en Tarazona, no obstante, tienen también ciertas responsabilidades en la fiesta. En primer lugar, cada una de estas peñas está encargada de contratar la compra y de pagar 500 ó 1.000 Kg. de tomates, que el 27 de agosto repartirán en bolsas de uno o dos kilos entre sus peñistas. En segundo lugar, una vez se juntan las agujas del reloj en las 12 horas suenan las campanadas de Pierres y la puerta del Ayuntamiento se abre, los peñistas, al grito de ¡Pasillo! , harán hueco para que Cipotegato salga y pase entre la multitud que le empezará a perseguir, tomates en mano.

Cubierto por una lluvia de tomates, Cipotegato huye por el estrecho pasillo que se cierra a su paso. Nadie debe saber quién es y se le persigue por las calles para descubrirlo "Al Cipotegato no le mandan, nada mas que te dicen: tú sal a la plaza y líbrate como puedas. Así que, unas veces te vas al barrio de San Miguel y otras veces pues a otro barrio, Puedes estar por ahí veinte minutos o media hora. Y si quieres, a la bajada te puestas parar a echar una cerveza. Pero no te mandan hora ni recorrido" [P. Galindo, cipotegato].

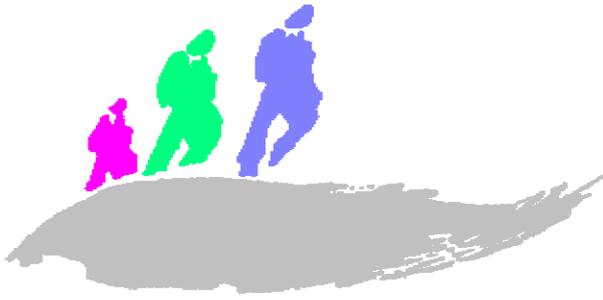
Finalmente, si el Cipotegato ha sido bravo y valiente, si no se esconde mucho, entonces las peñas le cogen en hombros y le llevan hasta la puerta de Ayuntamiento. El impacto de los tomatazos que recibe no le hace daño, pero algo se nota y el Ayuntamiento suele tener dispuestos otros tres cipotegatos de reserva que no se sabe quienes son. Por ejemplo, en 1974, aunque los tomates iban dirigidos contra la Corporación Municipal y tuvieron un marcado carácter político, quien los recibió, desde luego fue el cipotegato.

El traje que lleva este personaje está levemente acolchado, para amortiguar los golpes, pero insuficientemente, en proporción, a los tomatazos que recibe y no se le permite llevar ningún otro tipo de protección. Cuentan que antes de la guerra, ese traje era de una sola pieza, hecho a punto y a ganchillo y elaborado con lanas de muchos colores. Hoy presenta un traje arlequinesco o abotargado, de paño de colores rojo, amarillo y verde cosidos en piezas romboidales y triangulares, buscando un contrapunto cromático. Lleva también una máscara de tela de los mismos colores que le protegen la cara y cabeza. Y gasta alpargatas miñoneras, En la mano lleva un palo de fresno del que cuelga una pelota de trapo-lo que sería el antiguo pellejo de gato- apretada y de cierto peso (algunos años escondían una piedra dentro) y que, simbólicamente, empleaba para defenderse, aunque nada puede, ante semejante cascada de tomatazos. Pero siempre se ha dicho que lo usaba como elemento de defensa.



**MARÍA ELISA SÁNCHEZ SANZ**  
**Extracto de Revista Narria, 51-52.**  
**Museo de Artes y Tradiciones populares.**

\* \* \* \* \*



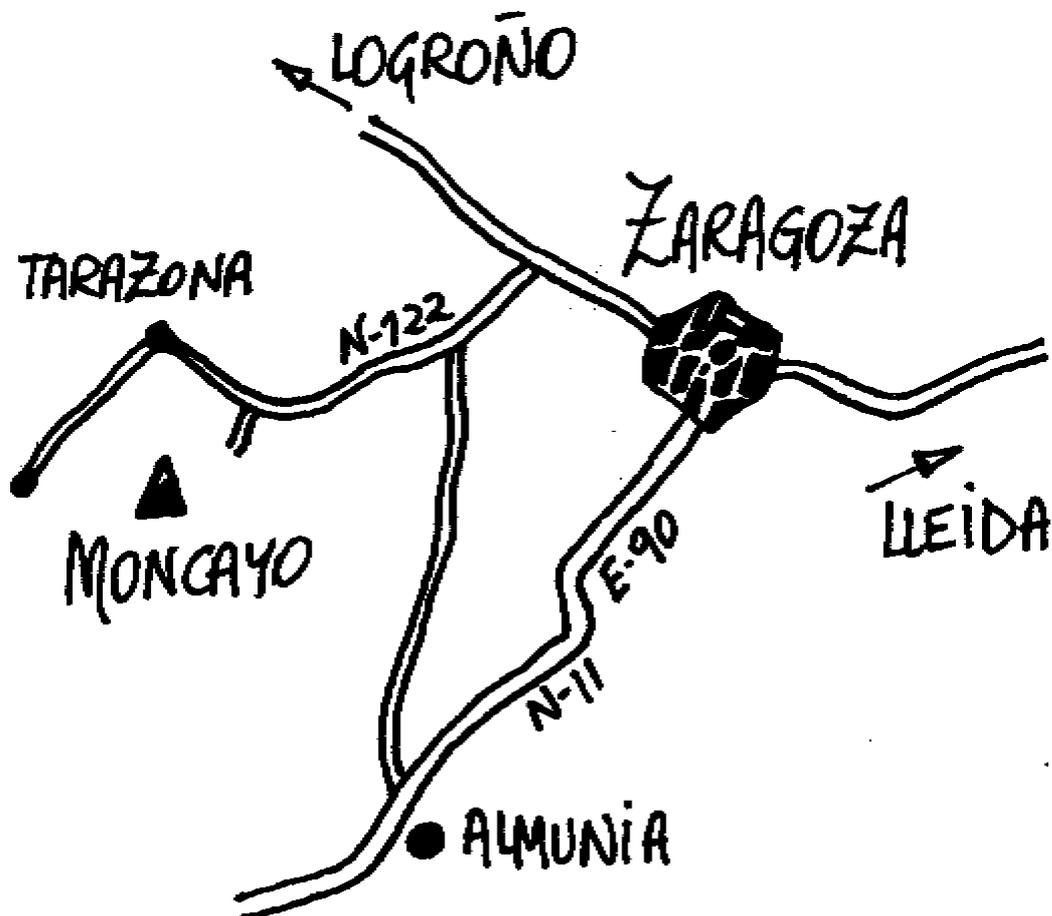
# MONCAYO

## Un Oasis de Montaña

por Fco. Javier Souto Rubiales



Primeros de septiembre a las cinco de la tarde. La recta autovía parte en dos el desierto aragonés mientras nos aproximamos a la Almunia de Doña Godina, población que me trae numerosos recuerdos. Un año más, nos dirigimos a esa fuente inagotable de montañas que es el Pirineo, pero esta vez de forma distinta, vamos a aprovechar el viaje para acercarnos a conocer una montaña cuyo nombre nos suena mucho pero que nunca hemos visto: *El Moncayo*. El Moncayo es un monte grande y aislado que domina las resacas y planas tierras de la depresión del Ebro, constituyendo con sus 2.315 mts. el techo del Sistema Ibérico. Desde un punto de vista climático, el Moncayo es una "isla atlántica" situada en un medio semiárido, una auténtica pantalla receptora de las precipitaciones provenientes del Oeste, creyéndose popularmente que en ella nace el temido viento del cierzo.



El acceso a la zona lo hacemos desde la N-II, saliendo de la autovía a la altura de la mencionada población de la Almunia para tomar una carretera local que, pasando por Fuendejalón, conecta con la N-122. Una vez en esta ruta, pasaremos por el pueblo de Borja, conocido por sus buenos vinos criados en bodegas subterráneas, y llegaremos a Vera de Moncayo, donde debemos desviarnos hacia el Monasterio de la Veruela, auténtica puerta de entrada a nuestra montaña.

La Veruela es un monasterio cisterciense fundado en 1.146 y de estilo románico-gótico. Restaurado recientemente, en su interior se exponen obras de arte contemporáneo, por lo que bien merece una visita, como hicimos nosotros nada más llegar. De las inmediaciones de este noble edificio, parte una carreterilla que, tras 15 kms., sube al Santuario Virgen del Moncayo. El recorrido por ella resulta verdaderamente alucinante pues, según vamos subiendo contemplaremos los cambios de vegetación que se producen: primero el encinar, luego los robles (*Quercus Pyrenaica*), y más tarde un bellissimo hayedo a través del cual circulamos por una carretera que seguramente no debería existir. Pasado el bosque de hayas encontramos una zona de enormes pinos negros hasta que de pronto el asfalto se acaba. Tan sólo restan unos 500 metros de pista mala de tierra para llegar al Santuario, vetusto edificio alojado bajo una pared de roca que sirve de centro de peregrinación de los pueblos del Somontano.



Junto al Santuario existe una vieja hospedería en la que vamos a pasar la noche. Mientras descargamos los bártulos, un precioso atardecer despide el largo y extenuante día de viaje en coche desde Jerez. Estamos en un auténtico balcón que domina toda la inmensa falda boscosa de la montaña a la que mañana vamos a subir. Por todo ello estamos cansados y contentos.

Amanece lloviendo y con nubes bajas, algo demasiado habitual para nosotros. Tras un momento de duda decidimos intentar la ascensión pues sabemos que es corta y, según el dueño de la hospedería, existe un sendero bien marcado hasta arriba. Así pues, tras un buen desayuno, nos enfundamos nuestra capa impermeable y salimos al exterior para iniciar la subida, todo hay que decirlo, sin demasiada convicción.

La primera parte de la senda discurre bajo un bonito bosque de pinos por el que ganamos altura rápidamente. Poco a poco la arboleda se va aclarando y llegamos a la base del Circo del Cucharón, claro vestigio del paso de los glaciales por esta montaña. Este Circo, unido a los otros dos que existen en la vertiente norteña del macizo, el de San Gaudioso y el de Morca, confieren un carácter y un aspecto al Moncayo algo más alpino de lo que en principio todos esperábamos.

El camino se bifurca y, mientras el de la derecha se introduce en el Circo, nosotros tomamos el izquierdo, que encara una loma por la que subimos bien recto en terreno de pedreras. Ha cesado de llover pero las nubes nos envuelven poco a poco. Al llegar al collado, la visibilidad resulta nula y el viento muy fuerte. El sendero se pierde y casi a ciegas buscamos la cumbre por un terreno prácticamente llano. Tras un rato de despiste general y cuando alguno ya pensaba en volverse hacia abajo, entre la niebla aparece la estatua de la virgen del Pilar junto al vértice geodésico: estamos en la cima del Moncayo.

Poco tiempo después, ya en plena bajada, hay un momento en que las nubes tienen piedad de nosotros y quieren abrirse, permitiéndonos disfrutar un rato de la visión de la montaña y las amplísimas tierras ocres y llanas que la rodean, todo ello iluminado por unos cuantos rayos de sol que tímidamente intentan colarse. Estamos completamente solos, tal vez lo único bueno de subir con mal tiempo.

El descenso es muy rápido y ya de vuelta en la hospedería, nuestro anfitrión nos reserva la sorpresa de invitarnos a degustar unas setas que ha recolectado en el monte y que se venden a precio de oro en los restaurantes de la capital. Nosotros le devolvemos modestamente el gesto compartiendo una botella de Jerez, en medio de un ambiente distendido y con muchas risas. Nuestro viaje parece que comienza bien. Nos esperan los Pirineos, donde encontraremos más montañas, más buena gente y más tormentas.

\* \* \* \* \*

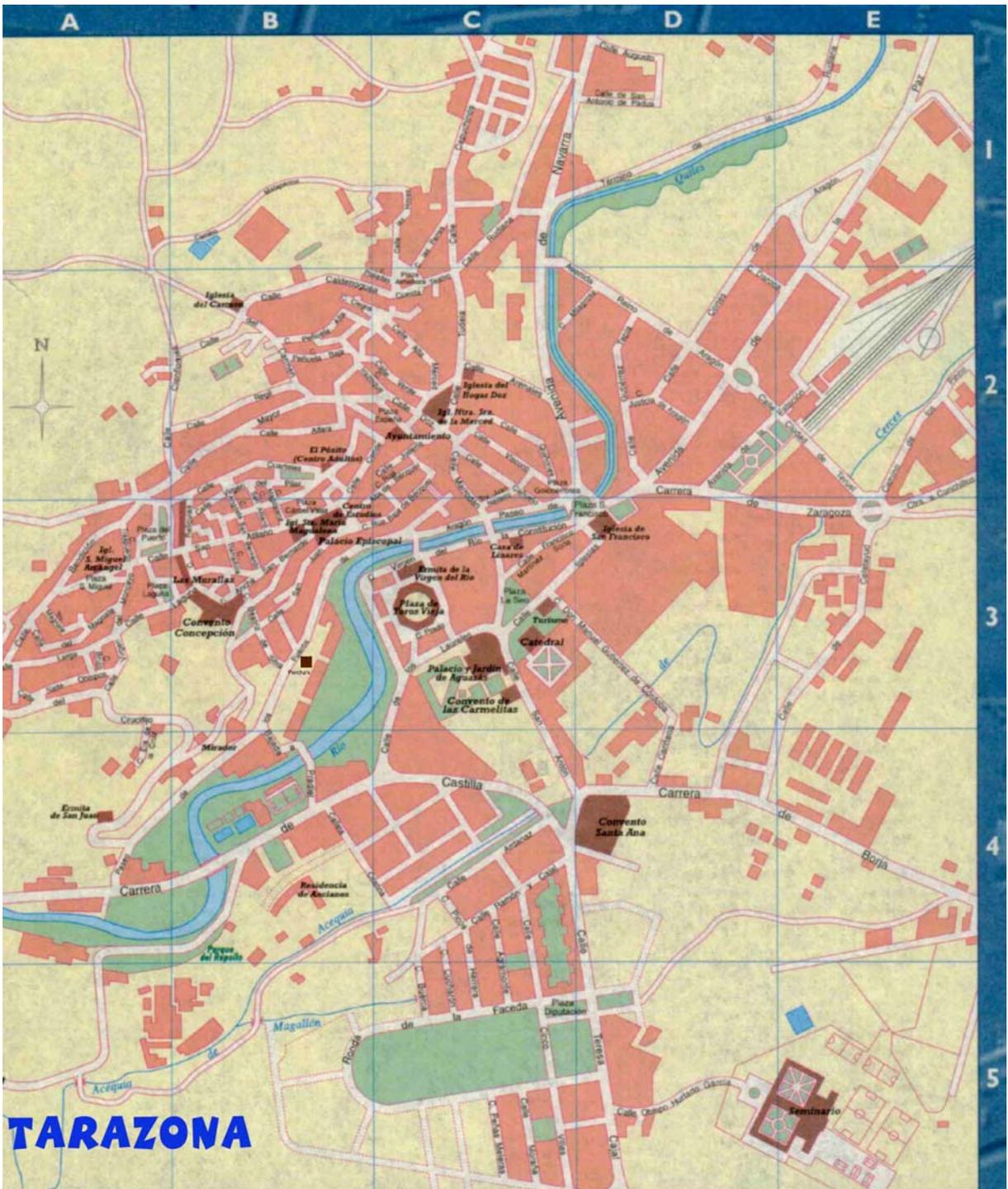
#### **Web's consultades**

<http://www.dpz.es/cultura/veruela/monasterio/presentacion.htm>

<http://personal.redestb.es/tarabona/cipoinde.html>

<http://www.uca.es/huesped/cspinar/Pagmenu.html>

**Agustí Poch**  
**Octubre 2002**



**TARAZONA**

# MONCAYO – 2002

**Sortida inaugural. 5 i 6 d'octubre de 2002**

**Seccions de Cultura i de Senders. AE Talaia**

## **Horari previst**

### **Dissabte, 5 d'octubre**

|                                   |                   |
|-----------------------------------|-------------------|
| Sortida de Vilanova i la Geltrú   | 7 h               |
| Àrea de “Los Monegros”. Descans   | 9 h<br>9 h 30 min |
| Monestir de Veruela. Visita       | 11h 30 min        |
| Sortida cap a Tarazona            | 13h 15 min        |
| Tarazona. Dinar i visita          | 14 h              |
| Sortida cap a Vera del Moncayo    | 18 h              |
| Vera del Moncayo. Visita          | 18 h 30 min       |
| Sortida cap a Alcalà de Moncayo   | 19 h 30 min       |
| Alcalà de Moncayo. Sopar i dormir | 20 h              |

### **Diumenge, 6 d'octubre**

|   |                          |
|---|--------------------------|
| Sortida d'Alcalà de Moncayo                     | 7 h                      |
| Font dels Frailes (1340 m). Inici de l'excursió | 7 h 30 min               |
| Santuari del Moncayo (1610 m). Descans          | 8 h 30 min<br>8 h 45 min |
| Pozo de San Miguel (1850 m). Descans            | 9 h 20 min<br>9 h 25 min |

|  |                            |
|--|----------------------------|
| Alto del Moncayo (2252 m). Descans     | 10 h 30 min<br>10 h 40 min |
| Moncayo (2316 m). Descans              | 11 h 15 min<br>11 h 30 min |
| Santuari del Moncayo. Descans          | 13h 15 min<br>13h 30 min   |
| Font dels Frailes. Sortida cap a Borja | 14h 30 min                 |
| Borja. Dinar                           | 15 h                       |
| Sortida cap a Vilanova                 | 17 h                       |
| Vilanova                               | 21 h                       |

## Notes

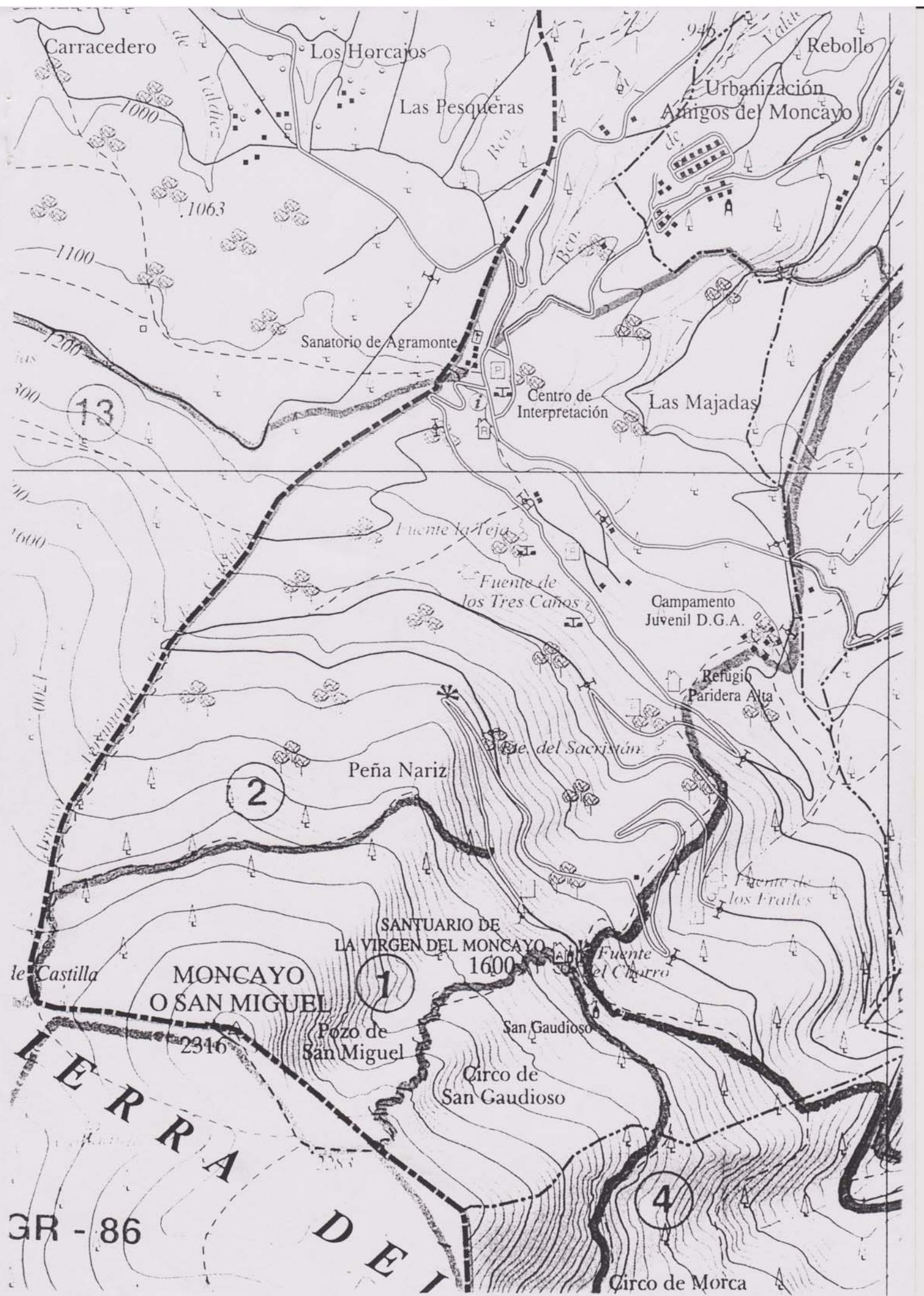
Aquests horaris, llevat de l'hora de sortida de Vilanova, només són orientatius i pot ser que es modifiquin d'acord amb les circumstàncies.

A l'alberg d'Alcalà de Moncayo cal portar llençols o sac de dormir o bé llogar els llençols al mateix alberg (2 euro).

El preu, 50 euro socis, 53 euro no socis, inclou: Viatge; visita al monestir de Veruela; sopar, dormir i esmorzar a l'alberg d'Alcalà de Moncayo, dinar al "Mesón las Ruedas" de Borja. No inclou el dinar del dissabte.

Atenció! En pujar al Moncayo cal portar roba d'abric en quantitat (El *cierzo* no perdona!)

Desnivell  $\approx$  1000 m



Carracedero

Los Horcajos

Las Pesqueras

Rebollo

Urbanización Amigos del Moncayo

1063

Sanatorio de Agramonte

Centro de Interpretación

Las Majadas

13

Fuente la Teja

Fuente de los Tres Caños

Campamento Juvenil D.G.A.

Refugio Paridera Alta

Peña Nariz

Pe. del Sacristán

2

Fuente de los Frailes

MONCAYO O SAN MIGUEL

SANTUARIO DE LA VIRGEN DEL MONCAYO

Fuente del Charro

1

Pozo de San Miguel

San Gaudioso

Circo de San Gaudioso

4

GR - 86

SIERRA DE GUADARRAMA

Circo de Morca